

El futuro será sostenible o no será. (Encuesta de El País, 2018)

Mónica Luengo Montero

No hay marcha atrás. La sostenibilidad se ha impuesto como única receta para contrarrestar la grave crisis ecológica del planeta. La transición hacia una economía circular ha comenzado en algunos países donde los residuos ya se conciben como recursos. Pero desde la alimentación hasta la ropa, el transporte y la energía, culminar el reto de la transformación del consumo determinará la supervivencia. Arranca la nueva revolución verde. “Si seguimos a este ritmo, un planeta no va a ser suficiente. En 2050 seremos 9.000 millones de personas en el mundo. El 80% viviremos en ciudades, el 50% de las cuales aún no se han construido. La generación de residuos va a aumentar un 70% de aquí a 2025”, enumera Daniel Calleja, director general de Medio Ambiente de la Comisión Europea. “Afortunadamente, tiene solución”. Ante el desafío ecológico, Europa ha decidido abandonar la economía lineal, en la que se produce, se consume y se tira, y encaminarse hacia un modelo circular en el que se apuesta por la mínima extracción de materias primas y el máximo aprovechamiento de los residuos. Se trata de un cambio transversal y global que también han reflejado los Objetivos de Desarrollo Sostenible marcados por la ONU para 2030. Uno de ellos es garantizar la producción y el consumo responsables.

La fórmula de un mundo mejor pasa por una receta esencial: “Consumir de otra manera”. La consultora GlobeScan realizó en 2016 un estudio en 21 países en el que identificó que los consumidores aspiracionales son ya un 40% del público global (un 37% en España). Les gusta comprar, pero de una manera responsable, y apuestan por marcas que mejoran la sociedad. Un 47% de ellos son *millennials* (entre 20 y 36 años), un 37% pertenecen a la generación X (entre 37 y 56). “Hay sectores que van a tirar del resto porque afectan a nuestra salud. Primero serán la alimentación, porque somos lo que comemos, y la movilidad, por la gran contaminación de las ciudades. Después llegarán otros, como el de la moda, por su impacto social y medioambiental”. Pero aunque el consumo responsable crece en España, si se compara con el de otros países, no sale tan bien parado. El año pasado, por ejemplo, crecieron un 82% las matriculaciones de coches eléctricos, pero fueron tan solo un 0,7% del total frente al 2% de China o el 37% de Noruega. Algo parecido sucede con los productos ecológicos. Su consumo creció en 2017 un 14%, pero solo un 42% de los hogares españoles los compra frente al 80% de la media europea. En España se recicla un 29% de los residuos urbanos. La media europea ronda el 45%.

“No se cambia de la noche a la mañana de un modelo enormemente despilfarrador a uno eficiente y compatible con los límites planetarios. Pero no tengo la menor duda de que se va a producir un cambio. Ya estamos viendo los primeros síntomas. Por ejemplo, que los fondos de inversión se hayan organizado para vigilar la descarbonización de las 100 empresas más contaminantes del mundo”, afirma Teresa Ribera. La ministra para la Transición Ecológica ha apostado en Bruselas por adoptar objetivos de energías verdes ambiciosos que finalmente se han marcado en un 32% del total para 2030. Las renovables serán claves para reducir las emisiones de CO₂, que el pasado año aumentaron un 4,46% en España. Los dos mayores Ayuntamientos del país ya han dado pasos en este sentido. Madrid, contratando únicamente energía verde; Barcelona, creando la mayor eléctrica pública del Estado: Barcelona Energía. Según la Organización Mundial del Trabajo, hasta 2030 esta nueva economía verde destruirá 6 millones de empleos en el mundo y creará otros 24 millones. En palabras del secretario general de la ONU, António Guterres, “el tren de la sostenibilidad ha dejado la estación. Suban a bordo o quédense atrás. Los que no apuesten por la economía verde vivirán en un futuro gris”.

Repensar el consumo.

La cinta mecánica se pone en funcionamiento a las seis de la mañana. Abrigos, chaquetas, pantalones y algún que otro biquini empiezan a circular por ella. A esta fábrica de reciclaje de ropa cercana a Barcelona, la más grande del sur de Europa, hay días que llegan hasta 60.000 kilos de residuos textiles. La planta está gestionada por la ONG Roba Amiga y todos sus trabajadores son personas con complejas historias individuales a sus espaldas que esperan reinsertarse en el mercado laboral con este empleo. Las prendas se seleccionan una a una. Un 65% se volverá a poner a la venta en tiendas de la organización en España y en países del Tercer Mundo, un 30% se reciclará en otros materiales textiles y solo se desechará un 5%.

En tres años han duplicado su volumen. Según datos de la Asociación Ibérica de Reciclaje Textil, en España se desechan 1.000 millones de kilos de ropa cada año. De ellos, solo se recicla un 10% o un 15%. El compromiso con la Unión Europea es llegar a un 50% en 2020. “Los contenedores cada vez se llenan antes y sin embargo sigue habiendo un estigma a la hora de comprar ropa de segunda mano”, explica Rafael Muñoz, director comercial de la ONG. Viste una elegante camisa de flores que un día fue rescatada de un contenedor. “La *fast fashion* es insostenible. Producir, consumir y tirar. Nosotros queremos alargar al máximo la vida de las prendas”.

Entre 2007 y 2015 se redujo el gasto en ropa de los hogares españoles, pero se mantuvo el número de nuevas prendas, 34 al año. “El sistema de producción se nos ha ido de las manos: en el resto de industrias se gestionan los residuos, y en la moda, la segunda más contaminante del mundo, no hay un plan estratégico”. Las marcas tienen que entender que los beneficios con los que se ha estado funcionando en moda son un exceso, hay que hacer un replanteamiento. Son márgenes que se pueden permitir para valorar el impacto social y medioambiental.

Esa misma convicción fue la que empujó a Mireia Barba, de 43 años, a dejar su empleo para luchar contra el despilfarro alimentario. En Espigoladors, la empresa que fundó en 2014, organizan grupos de voluntarios para recoger excedentes agrícolas o frutas y verduras feas que no se van a poder comercializar. Un 90% de lo recolectado va a comedores sociales y con el resto elaboran cremas, mermeladas, salsas y conservas bajo el sello Im-perfect. Así han salvado unas 400 toneladas de alimentos. En España se desperdician 7,7 millones de toneladas

de alimentos al año, según la Comisión Europea. La aspiración es reducir esta cifra a la mitad para 2030. Un 42% de este despilfarro se genera en los hogares.

Solo hay un aspecto en el que los españoles invierten más que en alimentación. La vivienda acaparó el pasado año un 30% del gasto de cada ciudadano. “El consumidor debe saber que vive en una casa superineficiente, que realmente está pagando dos hipotecas: la que tiene con el banco y la que tiene con la energía”. A partir del 31 de diciembre de este año todos los edificios públicos que se construyan en Europa deberán ser de consumo casi nulo; en el caso de la vivienda, este plazo se amplía hasta el 31 de diciembre de 2020. El siguiente paso serán las casas de huella de carbono cero, construidas con materiales que han causado las menores emisiones posibles y que consumen lo mínimo. Este tipo de viviendas suele incorporar además sistemas de producción de energía. El cambio de modelo lo impondrán los ciudadanos. La energía renovable no es una opción, es la solución.

Hacia la economía verde.

Hace ya 18 años de aquella noche de junio en la que desaparecieron todos los contenedores de basura en Tiana. En su lugar se empezaron a ver unos pequeños cubos marrones junto a las puertas de las casas. La localidad catalana fue la primera de España en implantar la recogida de residuos puerta a puerta. Se retira la materia orgánica y el “resto” (todo aquello que no se puede aprovechar). El trabajo en la gestión de los residuos creció un 16% el año pasado en España. En 2020 la Unión Europea quiere que todos los países reciclen la mitad de sus desechos urbanos. Un objetivo difícil de lograr para España, que hoy día se encuentra en el 29,7%. No alcanzar esta meta saldrá caro. Los Estados pagarán 80 céntimos por cada kilo de plástico no reciclado. Se estima que con esta medida se podrán recaudar unos 7.000 millones de euros entre 2021 y 2027.

La gestión de los residuos representa un 27% del empleo verde en España y solo en 2017 la contratación en este sector creció un 16%. Pero no solo se generarán puestos en actividades directamente relacionadas con el medio ambiente como el ecodiseño. Según anunció el presidente de la Cámara de Comercio, José Luis Bonet, la economía circular creará 52.000 empleos en España en dos años. En este nuevo modelo, el crecimiento económico se asocia a los beneficios sociales y para el medio ambiente. El PIB ya no es suficiente para medir el progreso, como demuestran los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU o el indicador Better Life Index de la OCDE. “Mientras se aspire solo al crecimiento del capital y no al bien común de todos no se está haciendo economía, sino crematística (el arte de enriquecerse). El capital es el medio, no el fin”, defiende Christian Felter. Este economista austriaco ha creado el Índice del Bien Común, que ya han adoptado unas 500 empresas de todo el mundo, en el que al balance financiero se suma uno ético.

Otro estándar que mide la implicación de las empresas es la certificación B Corp, que mide la responsabilidad social corporativa de las compañías. Unas 2.500 firmas cuentan con ella en el mundo, 50 en España. La mayoría, negocios pequeños e incipientes. Solo hay una empresa de gran consumo en el país que lo haya conseguido: Danone. Toda la energía que utilizan proviene de fuentes renovables y el próximo año van a instalar placas solares en el tejado. La división de lácteos redujo entre 2008 y 2017 un 40% su huella de carbono. La mitad de todas sus emisiones proviene de las vacas (colaboran con unas 300 ganaderías de toda España).

B Corp también tiene en cuenta a la hora de otorgar su certificado la calidad de vida de los trabajadores. Una dimensión que cada vez más empresas miman, aunque no cuenten con este sello. Desde el fomento del reciclaje, la alimentación saludable de sus empleados o el uso de medios de transporte sostenibles para acudir a trabajar. “La ubicación de las oficinas es fundamental. Tiene que haber una gran variedad de transporte público”, resume Louise Matthew, responsable del diseño de las oficinas de Bacardi en todo el mundo. El pasado año la compañía de bebidas espirituosas trasladó a sus trabajadores desde una de sus sedes en un polígono en Mollet del Vallès hasta un edificio en el centro de Barcelona. La mayoría de los materiales utilizados en la reforma y el mobiliario de la oficina son sostenibles. “La industria debe implicarse porque también les va a reportar beneficios a ellos. Serán más competitivas y reducirán costes”, asegura Anabel Rodríguez desde la Fundación para la Economía Circular. “Hay que ponerse a trabajar. Cada uno en su papel, pero todos a sumar. Ciudadanos, empresas y Gobiernos. El planeta no nos puede esperar más”.

ACTIVIDADES:

1. Buscar en el vocabulario las palabras subrayadas en el texto;
2. Explicar el sentido de la definición de “Economía Sostenible”;
3. Definir y explicar la diferencia entre “Economía circular” y “Economía lineal” según sugiere el texto;
4. Identifica en el texto los principales sectores en los que se producen los cambios principales en tema de crecimiento sostenible;
5. Busca en el texto las palabras relacionadas con la Sostenibilidad;
6. Busca ejemplos en el texto de buena “economía circular”;
7. Dividir el texto en párrafos y dar un título a cada párrafo;
8. Resumir el artículo en 12/15 líneas;
9. Compara la realidad española con la de tu país; busca datos, informaciones y ejemplos de economía sostenible.